

Bibliografía de Carlos Rubio

SEÑORES ACADÉMICOS:

SEÑORES INVITADOS:

La feliz iniciativa del Catedrático don José Manuel Camacho, de ensalzar la figura del escritor CARLOS RUBIO, con ocasión del primer centenario de su nacimiento en Córdoba; el plan trazado por nuestro compañero para este acto conmemorativo y el deseo de ayudarle a obtener ahora, lo que antes de ahora no era conocido: una nota bibliográfica completa, el repertorio de los libros y escritos del desaliñado periodista bohemio, me ponen en el trance de mendigar la dádiva de vuestra generosa atención para unas pobres, breves y sencillas palabras mías.

Si CARLOS RUBIO fué tan apreciado en vida, que mereció desde muy joven... (dígalos por nosotros el verbo incomparable de Castelar) «*ser de todos en España conocido por la dulzura de sus versos y la inspiración inagotable de su númen*»... parecía natural que, de su nombre famoso y de su obra admirada, hubiesen quedado en la ciudad natal, perennes y vibrantes señales de aprecio. Era presumible, que su biografía—biografía de contemporáneo—, fuese rica en detalles; y que la lista de sus producciones literarias se hubiera formado, conservado y transmitido con todo rigor de exactitud.

¿Por qué no ha sido así?

.

Vamos a aventurar un juicio que resuelva esta interrogante. Una opinión personalísima que, acaso no será compartida con las demás ilustradas personas que han de intervenir en este acontecimiento.

CARLOS RUBIO—a nuestro entender—, con haber sido excelente escritor; con haber gozado de la popularidad que en su tiempo correspondía a un gran periodista de lucha; con haber contendido, pluma en ristre, con el primer tribuno de la Nación; con ofrecérsenos como ejemplo vivo

de exaltación patriótica en las filas de vanguardia de los hombres liberales de entonces; con haber merecido que el país entero le escuchase atentamente a la hora de ponderar las esencias del partido progresista, no ha logrado nunca, ni en sus días ni después, por parte del pueblo de Córdoba, el aprecio merecido, porque... no era cordobés.

No era cordobés, decimos, porque no basta haber nacido en una tierra para quedar incorporado a ella. En fin de cuentas, si de Córdoba era por razón de nacimiento, el nacimiento es un hecho circunstancial, fortuito, involuntario, que por sí sólo no basta para que los hombres pertenezcan a una patria. CARLOS RUBIO nació aquí, como pudo nacer en alta mar o al borde de un camino en una parada de la «diligencia». Ni sus padres pertenecían a familias cordobesas, ni aquí habían tenido nunca arraigo alguno. De Soria, era don Tomás Rubio; catalana, bautizada en Urgel era doña Rita Colell, casados por poderes en Madrid y vecinos breve tiempo de Córdoba, tal vez a poco de nacer el hijo acaso en la primera infancia de Carlos María, levantan los tres la residencia de aquí. Al menos en los padrones municipales, se pierde dos años más tarde, el hilo de esta familia.

Y decimos todo esto, para explicar, cómo el poeta, cuentista, historiógrafo, periodista y político, no vuelve—que sepamos—a dirigir ni una mirada a Córdoba; ni compone—a juzgar por los títulos—una poesía siquiera inspirada en alguno de los muchos temas sugestivos que nuestra tierra sabe brindar a los que la veneran; ni hace en sus obras debilísima alusión siquiera a su patria menor (sólo en una novela mienta a Córdoba de pasada); ni acusa—a nuestros ojos—las características intelectuales del tipo racial cordobés.

Carlos Rubio no era nuestro.

Para ser cordobés es preciso pertenecer intensamente a Córdoba, y ello se logra, unas veces por razón de nacimiento, otras veces por razón de vecindad; pero siempre cuando se vincula a esta ciudad la admiración y el cariño y por ella se lucha con fervor y para ella se vive y se trabaja. Córdoba misma así lo entiende, y por ésto suele amar a los extraños, a veces, más que a los propios.

* * *

Estas aseveraciones podrán parecer extraña portada para dar paso a una simple nota bibliográfica; pero es forzoso justificar de algún modo el vacío que se nota en las Historias de la Literatura cordobesa, llegada la

hora de tratar de Carlos Rubio; la extraña imperfección y la inexactitud de que adolecen las noticias bio-bibliográficas de un hombre de ayer, de un escritor que cobró extensa fama por lo mucho que batalló con su pluma en el campo político nacional.

La primera mirada de quien busque el repertorio de los escritos de un cordobés que se haya distinguido en Letras, ha de ser hoy para Ramírez de Arellano en cuyo espléndido «Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba, con descripción de sus obras, se halla», en todo caso, acopio de materiales que representan el esfuerzo de dos generaciones de eruditos averigüadores de nuestro pasado.

Y Ramírez de Arellano, coetáneo en su juventud de Carlos Rubio, apenas dedica ocho renglones a su vida, y se contenta con anotar una eola de sus obras: la Historia filosófica de la Revolución.

Si dejamos este gran libro (básico casi siempre para todos nosotros) y acudimos al Diccionario de Osorio y Bernal: «Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX», hallaremos algunos pormenores, más o menos exactos de la vida azarosa del personaje que aquí estamos resucitando; nos deleitará la transcripción de cierta semblanza que nos lo pinta a lo vivo; pero en cambio serán escasísimas las noticias que de su obra como literato nos brinde, el catalogador de los generosos varones que en la cuna del periodismo español sacrificaron sus ingenios, derrocharon sus talentos en la ingrata labor de la hoja volandera.

Y, si a las Enciclopedias acudimos, pronto observaremos el contraste: En una, curiosos pormenores de la existencia de Carlos Rubio seguidos de una selección bibliográfica que apenas abarca veinte obras; en otra, la síntesis de su vida adornada de algún juicio hiperbólico sobre sus cualidades como cuentista, y otra vez la lista comprensiva de la misma veintena de trabajos literarios, lista en la que hemos podido anotar hasta seis errores en fechas.

Registrados los índices de las más importantes Bibliotecas públicas y particulares de Córdoba, sin resultado estimable, por adolecer todas ellas de falta y aun de carencia de fondos bibliográficos de Carlos Rubio, llegado era el momento de repasar cierta nómina gloriosa que la ciudad, madre de tantos y tan preclaros ingenios, viene escribiendo silenciosamente y guardando en el sitio donde está asentada su representación legal. Nos referimos a la Casa Conristorial y al Excmo. Ayuntamiento, en cuyo Archivo puede verse y consultarse por todo vecino desde hace cincuenta años

un libro manuscrito donde figuran los escritores cordobeses y los datos más salientes de sus producciones literarias.

.....

Fué entonces, en 1881, cuando un antecesor nuestro en el cargo de Archivero de la Ciudad, el venerable López Amo, también académico y bibliotecario muchos años de esta Academia, espoleado por el deseo de perpetuar la memoria de los varones ilustres en Letras, aquí nacidos, los catalogó por riguroso orden alfabético y anotó escrupulosamente los títulos de las obras que cada uno había compuesto, bebiendo en las fuentes de información de que hasta entonces se disponía, singularmente en la Historia de Morales y Padilla en donde tantos han bebido antes, ahora y luego, y acumulando noticias acopiadas por los estudiosos del siglo pasado: Don Luis Ramírez de las Casas-Deza y don Carlos Ramírez de Arellano, entre otros; aumentando y enriqueciendo el acerbo, con datos deducidos de libros y publicaciones hasta obtener, en suma, una relación de nombres y de vidas (o al menos de ellas sus fechas extremas) de doscientos y tantos cordobeses y la noticia de unos seiscientos libros por ellos producidos. Quien tal hacía, quien tan meritorio servicio prestaba a Córdoba y a su Consejo Municipal, completaba cuidadosamente su tarea benedictina procurando que el Ayuntamiento comprase o buscase por todo medio ejemplares de las obras de los coterráneos ilustres en Letras, logrando atesorar con laudable empeño los elementos que ahora constituyen la sección de autores cordobeses de nuestra Biblioteca consistorial, puestos desde hace medio siglo a mano de estudiosos y de eruditos.

Aquel Catálogo, celosamente concebido y escrupulosamente redactado, en el que hemos ido haciendo con el mayor interés y deleite, correcciones, anotaciones y adiciones, los tres cordobeses que hemos ido sucediendo a López Amo en el honroso puesto, aquel Catálogo que duerme bajo llaves conservado y estimado con *el mimo* que se guarda un árbol de familia, porque él es en verdad la ejecutoria mejor ganada a través del tiempo por los hijos de nuestra nobilísima madre, la *clara fuente de sabiduría*.

Aquel Catálogo, decimos, siempre tomado como punto de arranque a la hora en que los estudiosos se orientan en todo trabajo sobre libros de autores cordobeses; aquel inventario de los valores intelectuales aportados al tesoro de las letras españolas por la excelsa ciudad de Séneca, aquel devocionario en cuyo frontis escribió un calígrafo anónimo la frase feliz de Sidonio Apolinar: *Non quod Corduba prepotens alumis*, y aquella otra hermosísima de Pedro Mantuano: *Corduba nobilium genetrix fecunda vi-*

rorum, y sobre los dos, el piropo con que el Padre Mariana regaló los oídos de Córdoba: *Urbem in Beticam nobilem ingenioron matren...*

Perdonen la extensa digresión: En aquel catálogo, declaramos haber hallado lo que en libro ni revista ni periódico ni publicación alguna pudimos encontrar: La bibliografía de Carlos Rubio, suministrada a raíz de la muerte del escritor o tal vez después, pero siempre en la primera década que siguió a su desaparición de la vida, por un amigo muy íntimo del poeta y periodista: por don Pedro Barranco y Lanzas.

La bibliografía de Carlos Rubio, encabezada con el cuento titulado EL PESO DURO que Rubio publicó a los veinte años en folletín en el diario de Madrid «Las Novedades», y bajo el seudónimo Pablo Gámbara, y rematada con publicaciones de sus obras, hechas después de su muerte, abarca los diez y ocho años de tarea que ocupan la segunda mitad de la triste vida de aquél.

Nosotros ahora nos hemos limitado a perfilar ese repertorio mediante una comprobación detenida de la autenticidad de sus datos con los escasos ejemplares que en Córdoba suelen hallarse de algunas de sus obras, y así: ... poesías, novelas, cuentos, artículos de crítica, exposición doctrinal del credo político progresista, se han ido cotejando, y el resultado de la compulsión ha sido concorde sin excepción. Después, la relación confeccionada un poco a la antigua en el Catálogo del Archivo Municipal, ha sido vaciada por nosotros en cédulas con arreglo a las prácticas usuales entre los *amigos del libro*, y aquí está, contenida en 71 papeletas que, para su manejo, y aún para su publicación en nuestro BOLETÍN—si vosotros, señores Académicos, lo estimais conveniente—nos honramos previa la venia que para ello pedimos al Excmo. Ayuntamiento, representado por su alcalde don Francisco de la Cruz Ceballos, en pasar a manos del Catedrático de Literatura señor Camacho Padilla, nuestro laborioso compañero, para que en ellas sea moneda, que al ponerse en circulación entre la gente de Letras, sirva para lograr que Córdoba, la Córdoba de hoy y de mañana, conozca mejor a Carlos Rubio, cuya es, la alta finalidad práctica de actos literarios como el que ahora mismo estamos celebrando.

Al fin, después de sesenta años abre nuestra vieja ciudad el arca de sándalo donde venía guardando cuidadosa con amores de madre, los lauros que Carlos Rubio cortó del árbol de la Fama, sin saber que su tierra natal había de complacerse en recogerlos. Son ellos preseas de gloria y de triunfo que Córdoba—como nuestras abuelas con sus joyas—saca esta noche, mira, recuenta y vuelve a guardar, arrebolada de emoción y de orgullo.

En ese lapso, desde que Carlos Rubio murió hasta hoy que movemos su recuerdo, su nombre y su obra, han venido encadenados con estimación y con aplauso en los anales de la ciudad, aún cuando en ella no haya habido quien realice la labor crítica que el personaje merecía. La lista de sus obras en el catálogo que hemos exhumado ahora; el acuerdo capitular de 11 de Febrero de 1881 dando su nombre a la antigua calle del Baño baja en que naciera; el deleite con que algunos buenos cordobeses leyeron hacia el año 1906 al aparecer el tomo de los «Episodios Nacionales», que traza la gran figura de Prin, el retrato literario que el inmortal don Benito hizo del deseado personaje que a Prin acompañó sirviéndole de Secretario en el destierro; los artículos sembrados de anécdotas que en las páginas de «Por esos mundos» nos diseñaban va para treinta años, lo que fué y cómo fué Carlos Rubio, los no menos interesantes de nuestro periodista local recientemente muerto Emilio Miranda, vida paralela a la de Carlos Rubio en lo del descuido personal y pluma chispeante que muchas veces solicitó un homenaje para la memoria del maestro y precursor de periodistas; los estudios metódicos, serenos, burilados, sobre las mejores páginas de Carlos Rubio, que realizaba en los últimos años nuestro compañero el señor Priego López, para troquelar una antología de cordobeses destinada a las escuelas, aún inédita para los demás, pero para nosotros conocida; los bellos párrafos en que nuestro también compañero el poeta Francisco Arévalo ha cantado al escritor enamorado de la Libertad, en las planas del «Diario Liberal» en Febrero de 1928 primero, y después en las del «A B C» no hace dos meses; la determinación más o menos adecuada de bautizar con el nombre de Carlos Rubio las escuelas nuevas que en estos días se abren en el barrio de las Olle-rías, y por fin: el momento que ahora está viviendo nuestra Academia, eslabones son de la cadena que ha enlazado con este de hoy, el día en que acabó la azarosa y triste existencia del hombre todo corazón «que no vivió para sí, sino que vivió para su patria y para la Libertad».

* * *

Es llegada la época de estudiar a Carlos Rubio, visto a través de cien años cuando ya la crítica actúa serena y desapasionadamente sin peligro de equivocarse.

Para comenzar a trabajar sobre él, ahí os dejamos el guión de su bibliografía.

Entregadla a los estudiosos muchachos que alegran nuestros centros do-

centes, con encargo de que lean cuentos y novelas buscando en ellas lo fácil de la forma, la claridad y el buen sentido. Decid a los alumnos que cada día pasan por el aula de Literatura de nuestro Instituto, que cuando contemplen la figura venerable de Quintana, estudiante en Córdoba y al final de sus días «POETA CORONADO» sepan que esta suprema distinción fué otorgada al vate a petición de Carlos Rubio entre otros, y a virtud de una maravillosa pieza literaria que Carlos Rubio cinceló.

Sirva también la lectura de sus artículos, de norte a los periodistas militantes que trabajan para nosotros en esta ciudad y cuya fatiga y esfuerzo desinteresado y generoso hallará consolaciones al pensar que Carlos Rubio que tanta reputación ajena labraría con su pluma, que tanta medianía política engrandeció con su alabanza, tuvo que aceptar los productos de una colecta pública para costear su vida de enfermo, muriendo al fin en la miseria.

Sea igualmente Carlos Rubio para las agrupaciones políticas en que bulle la juventud de hoy, prototipo de aquella antigua gravedad española que hacía hombres cabales y perfectos caballeros de los mozuelos de 20 años, batalladores en defensa de altas ideas, como él lo fué al fundarse «La Iberia» a raíz de la Revolución del 54.

Hora es, en fin, de estudiar a Carlos Rubio, porque es hora de sentir con varonil entereza—como él lo sintiera—el ideal de Patria. Ocasión felicísima de aplaudir—cada cual desde su punto de vista—a este decidido amigo del pueblo, tenaz defensor de la Libertad, por la que tantos contratiempos y tantas amarguras padeció, desdichas que por su alma pasaron sin dejar huella ni apagar ni entibiar siquiera su exaltación febril.

Hora es señores todos, de exhumar sus propias palabras para exclamar con él:

«Yo amo a mi patria, a España, como se ama a una madre desgraciada, y mis únicos deseos, mis únicas aspiraciones se cifran en la esperanza de que mi patria prospere y viva feliz».

JOSÉ M.^a REY DÍAZ.

BIBLIOGRAFÍA

El peso duro. Cuento. En folletín en «Las Novedades». Números del 20-21-23 y 24 de Agosto de 1853.

A un Lucero. Fantasía. En «El Coliseo», revista literaria. Año 1853. Números del 16 al 24 de Noviembre.

La amante muerta. Cuento. En «La Ilustración». Febrero de 1854. Páginas 51 a 54.

Martín de Aranda. Novela. Dedicada al señor don Angel Fernández de los Ríos. En el «Semanario Pintoresco». 1854. Páginas 148 a 151-157 a 159-164 a 166-175 y 176.

Un angel en el mundo. Fantasía. (Dedicada al señor don Gregorio Cruzada y Villamil). En el «Semanario Pintoresco». 1854. Páginas 234 y 235.

Al Excmo. Sr. D. Evaristo San Miguel. En el «Semanario Pintoresco». Año 1854. Pág. 272.

María. Novela. (Dedicada a don Juan E. Hartzembusch). En el «Semanario Pintoresco». 1854. Páginas 268 a 270-276 a 280.

La felicidad. Variaciones sobre un tema de don E. Florentino Sauz. En el «Semanario Pintoresco». 1854. Páginas 289 y 290.

Esperanza. Novela. (Dedicada a) En el «Semanario Pintoresco». 1854. Páginas 307 a 311-314 a 318-322 a 326-334 a 336-342 y 343-350 y 351.

A la Srma. Sra. Infanta D.^a María Luisa. En el «Semanario Pintoresco». Año 1854. Pág. 376.

Mientras no hago nada. En «La Ilustración». Febrero de 1854. Pág. 383.

La expiación. Novela. En «La Ilustración». Febrero de 1854. Pág. ¿ ? Reproducido en «La Ibérica». 1857, Enero.

Una apuesta. Novela. (Dedicada a Fernán-Caballero, 1.^a parte; a don Ramón Navarrete, 2.^a parte, y a don Tomás Rodríguez Rubi, 3.^a parte). En el «Semanario Pintoresco». 1855. Páginas 3 al 6-13 a 15-21 a 24-29 a 31-37 a 40-45 a 48-55 a 62-70 a 72-77 a 80-86 y 87-94 y 95.

A Alemania. Poesía. En «El Semanario Pintoresco». Febrero 1855. Página 311.

Las lágrimas de Elvira. Poema. En folletín de «Las Novedades». Febrero de 1855. Números del 7-8-9-10-11 y 13 de Febrero.

Melodías sagradas. Poesía. En folletín de «Las Novedades». Febrero de 1855. Número de 5 de Abril.

Napoleón. Poema. En folletín de «Las Novedades». Febrero 1855. Números de 29 Abril 1 y 2 de Mayo.

Andrés. En folletín en «Las Novedades». Números del 17 y 19 de Junio de 1855.

Una carta. En «Las Novedades». Febrero de 1855. Número de 19 de Junio.

Otro Artagnan. En «Las Novedades». Febrero de 1855. Números de 21-22-23-25-26-27-28 y 29 de Septiembre.

Angela. Leyenda. En folletín de «Las Novedades». Febrero 1856. Días 3-5-6 de Febrero.

Una historia sangrienta. En «La Ilustración». Año 1856. Páginas 199-200.

La Hada del bosque. Poesía. En «La Ilustración». Año 1856. Páginas 311 y 312.

¡Aun hay patria! Poesía. Publicado en «La Iberia». 27 Septiembre 1856.
La flor del pantano. En folletín en «La Iberia». 1856. Números del 9 al 14-16 al 21 Diciembre. Editado. Madrid. Imprenta de Rojas. Traducido al portugués.

Del mal el menos. Poesía. En el libro «Mañanas de Abril y Mayo». Madrid. Imprenta La Discusión. 1856.

Estudios políticos. (Colección de artículos). Publicados en «La Iberia». 1857. Enero a Mayo. (18 artículos).

Del estilo poético. Estudios literarios. En el Semanario Pintoreco. 1857. Páginas 13-14 y 15.

El juicio final. Poema. En «La Iberia». 1856. Números del 17-18-19 23 y 24 de Septiembre. 6-7-10-13-18-24 y 27 de Diciembre. 1857. 15 de Enero y 5 de Febrero. (Sólo se publicaron dos cantos).

Francisco Salinas. En «El Museo Universal». Febrero de 1857. Páginas 45 y 46.

Juan Latino-El negro. En «El Museo Universal». Febrero de 1857. Páginas 65 y 66.

El Cardenal Jiménez Cisneros. En el «Museo Universal». Febrero de 1857. Páginas 78 y 79.

Para no dar aguinaldo. En «El Museo Universal». Febrero de 1857. Páginas 187 a 190.

El año grande. En «El Museo Universal». Febrero de 1857. Páginas 208 y 209.

En el entierro de Quintana. En «La Iberia». 1857. Número del 22 de Marzo.

Discursos de don Joaquín M.^a López. En «La Iberia». 1857. Número del 15 de Agosto.

Las Poetisas. En «La Iberia». 1857. Número del 22 de Agosto.

Apuntes sobre el teatro antiguo español. En «La Iberia». 1857. Números del 9 y 12 de Septiembre.

El Aguila. En el libro titulado «El Vergel». Madrid. 1857.

A una mujer, En «El Museo Universal». Febrero de 1858. Pág. 175.

Pronto o nunca. En «La Iberia». 1858. Número del 10 de Noviembre.

Italia. En «La Iberia». 1859. Número del 3 de Mayo.

A Doña Isabel II. En «La Iberia» 1859. Número del 8 de Septiembre.

Al Africa. En «La Iberia». 1859. Número del 23 de Octubre.

Teoría del progreso. Folleto escrito en contestación al que con el título de *La fórmula del progreso* ha publicado don Emilio Castelar. Tercera edición. Madrid. Manuel de Rojas. 1859. 92 páginas por dos hojas, 8.º

Al Ejército. En «La Iberia». 1860. Número del 18 de Febrero.

Fe y Esperanza. En «La Iberia». 1860. Número de 24 de Mayo.

Una tumba que se ha cerrado y otra que está a punto de cerrarse. En «La Iberia». 1860. Número del 9 de Diciembre.

Posesiones de América. En el Almanaque de «La Iberia» para 1861.

El derecho divino y la soberanía popular en el siglo XIX. En el Almanaque de «La Iberia» para 1861.

A don Ventura Ruiz y Aguilera. En «El Museo Universal». Febrero de 1861. Pág. 107.

Los sueños de la tumba. Poema. En folletín en «La Iberia». 1863. Números del 4-7-9-11-14-16-19-22-24-26-29-31 de Julio; 2-5-7-9-12-14-16-19-21-23-26 y 28 de Agosto. (Sólo comprenden la introducción y el canto primero. El mismo año se imprimió en un volumen, en Madrid. Imprenta Manuel Rojas) ¿ ?

A Narciso y María. En «El Museo Universal». Febrero de 1863. Páginas 214 y 215.

Historia filosófica de la revolución española de 1868. Madrid. Editor Miguel Guijarro. 1864. Dos tomos. 4.º m. Hol. con láminas y setr.

Cantares. En el «Museo Universal». Febrero de 1864. Páginas. 71, 95 y 174.

En la tumba de Espronceda. En el «Museo Universal». Febrero de 1864. Páginas 318 y 319.

Un sueño. Poesía. En el «Museo Universal». Febrero de 1864. Página 390.

Reverente carta que dirige a S. M. la Reina Doña Isabel. Madrid. Imprenta «La Iberia». 1864.

Progresistas y demócratas, cómo y para que se han unido. Madrid. Imprenta de Rojas. 1865.

Historia del neo-catolicismo. Por entregas. (Sólo se publicaron 8. La octava en Diciembre de 1865).

Serenata. En el «Almanaque cómico-literario» de 1865.

Quien malas mañas ha... En el «Museo Universal». 1865. Páginas 102 y 103.

A unas aves. En «La Iberia». Año de 1866. Número de 28 de Marzo.

De Villarejo a Barranco. Cartas a un aldeano sobre la sublevación del 3 de Enero de 1866. 10 cartas. 5 desde Londres y 5 desde París. Publicadas en «La Iberia». 1866. Abril a Julio.

Dos historias. En el «Museo Universal». 1868. Páginas 311 a 312-315 y 316.

A don Pedro M.^a de Barrera. En el «Museo Universal» Febrero ¿ ? Páginas ¿ ?

A los electores de Zamora. 15 de Diciembre. Madrid. Imprenta de Rojas. 1868.

Colección de cuentos. Madrid. Señores Rojas. 1868. 280 páginas. 8.º mi-llar. Holandesa.

Rienzzi. Drama. (Publicación póstuma). Madrid. Librería de Cuenca. ¿ ? Se estrenó (muerto el autor) en el Teatro del Príncipe, el 21 de Febrero de 1872.

Las épocas históricas. (Publicación póstuma). En el «Almanaque Literario» de 1874. Madrid. Imprenta de Rojas.

Reinado del hombre. (Publicación póstuma). En el «Almanaque Literario» de 1875. Madrid. Imprenta de Rojas.